

El Azagadero de los Malhechores

The “azagadero” of the malefactors

Leopoldo Lugosnes (h)

Una senda angosta, frecuentada por el ganado, es lo que se llama un azagadero o azagador. Salvo los pastores, raras veces la transitan los demás hombres, pues fuera de ser generalmente áspera y pedregosa, es además, inadecuada para caminarla. Sin embargo, la comparten las fieras en sus cacerías y los bandoleros en sus incursiones, que unos y otros rebuscan lugares desviados y de penoso acceso, para satisfacer su instinto, consumando la muerte alevosa y la rapiña constante. La naturaleza, sabia como ninguna, anudó en el azagadero la vida sanguinaria de la bestia con la existencia feroz del criminal. Aniquilan ambos a su presa; aquél para saciar su hambre y éste para gozar su pérfida inclinación, con lo cual se viene a ver que es uno inculpaado y culpable el otro. Lobezno aún aprende el lobo la ley de la maleza que enseña a matar para comer; y desde niños, conocen los hombres el mandato divino que ordena no dar muerte al semejante.

Salta el tigre sobre una criatura humana, clávale las garras y despedázala para devorarla. Hácelo así, porque necesita vivir y no puede decirse que haya una inclinación malvada, pues les está negada a las bestias el discernimiento y tampoco se les reconoce el albedrío. No obstante, las exterminamos, damos guerra implacable a sus crías y arrasamos sus cubiles. Si los animales pensasen, qué injusto les parecería el trato que se les da, comparado con el que se aplica al prójimo, que asesina a sabiendas de su inmenso pecado. El último facineroso, degradado y de mente primitiva, cuando mata a mansalva, aun en un paraje desierto, sabe de antemano que está violando la carta esencial cuyos preceptos rigen a los hombres. Carga sobre sí la culpa, aunque no la expíe del todo, debido a la incomprensible y excesiva benevolencia de pragmáticos, cuya versación en papeles hállase en relación inversa a su conocimiento del corazón de los humanos y a la conveniencia de la mayoría. Si se castigara más y se olvidara menos, tal vez se llegaría a contener, en parte, cierta clase de delitos. Esto lo dice, quien ha visto desde su juventud primera a millares de malhechores cuya evolución sigue atentamente. Por supuesto, que resulta más cómodo y más elegante, revestirse de un aire doctoral y opinar sobre el delito con mucha jurisprudencia (aunque no venga al caso), citar estadísticas malayas o artículos

del código penal finlandés, que decir las cosas sencillamente, como en realidad son, y teniendo en cuenta, por sobre todo, el interés común. Claro está, que al vulgo le place la bambolla ininteligible mucho más que la verdad pura. Con pésimo acuerdo se alaba así, por ejemplo, al autor de un mamotreto sobre cultivos vegetales, redactado con trozos de libros buenos y malos, y se desprecia al pobre labrador empeñado en granear la simiente, cuyo fruto nos proporciona lo que el autorzuelo no puede darnos. Y todavía nos queda por ver un ejemplo típico: todos hablan de la guerra y de las operaciones militares; cualquiera medianamente preparado podría escribir una mala obra sobre estrategia, con sumo acopio de doctrinas y escuelas; pero es seguro que si hubiera que marchar al combate, todos preferiríamos que nos mandara un mediocre oficial y no el libresco erudito.

En nuestra policía, existen millares de personas dedicadas desde hace años a la observación directa y realista del delito; saben mucho aunque crean saber poco; su opinión es valiosa, aunque no se la consulte nunca y resulta que poseen la llave de la casa, porque en ella viven, a pesar de los intrusos. Sin embargo, llega de fuera un advenedizo petulante, que jamás ha visto un malhechor, y ahí no más se pone a perorar lleno de hueca suficiencia. Convendrán todos conmigo, que es más importante para la nación estudiar el delito que fabricar un par de zapatos; mas ocurre algo peregrino: solamente los zapateros se atreven a hablar de la fabricación del calzado, y todos dan su parecer sobre el delito, no obstante que la generalidad está más cerca de las suelas que de los malhechores...

Sucede con 1a benignidad sin tino algo análogo: acaba de descubrirse un crimen horrendo. En el claro de un bosque han hallado el cadáver destripado de una niña. Un asesino torpe y estúpido, le ha revuelto las tripas con el cuchillo. El cuerpecito está hinchado y disforme, que le encontraron días después del atentado. Una mueca postrera pinta el espanto de la chiquilla librada a la bestialidad del criminal. En los bucles del cabello ensortíjanse cuajarones sanguinolentos, pues en los estertores de la agonía, la infeliz se revolcó, sin duda, por el suelo. Hállanse crispadas por la desesperación las pequeñas manos que arañaron la tierra, como si no hubieran querido desprenderse de la vida en su entrada al país de las sombras. Nada quebranta tanto el corazón y apiada el sentimiento, como verle el rostro inocente que se ha vuelto en cenizo color y pone espanto con la fealdad.

Levántase un vocerío clamoroso pidiendo la vida del forajido. Y ¿dónde y cuándo ha acontecido el hecho? Ha ocurrido en todas partes y siempre: la maldad acampa hoy en la choza miserable y se aposenta mañana en el palacio fastuoso. Vive en el tiempo como el tiempo mismo. El crimen es una repetición de acontecimientos parecidos con actores diferentes; y parecen aquéllos desiguales porque la memoria colectiva es siempre malísima. Las impresiones que sobrecogen el ánimo duran poco,

lo cual favorece a los delincuentes que se saben perdonados de antemano, en relación al tiempo transcurrido. La clemencia se nutre en las fuentes de la desmemoria.

El asesino de la niña desaparece y la justicia se echa tras él. Huye el malhechor por senderos perdidos y azagaderos tortuosos; duerme a cortinas verdes en los campos, y hambriento, disputa la comida a los perros. Llega un momento en que la persecución se le va cerrando como un anillo de hierro. Le están pisando los talones y se tiene por perdido. Las maretas de las multitudes de ciudades y campiñas azuzan a los perseguidores y enloquecen al prófugo. Escoge para librarse la espesura de los montes, atrabanca las cercas de espinas; sediento se pone a la corriente de los arroyos para beber o sorber el agua de las charcas inmundas. Logra, por fin, escapárseles a los brazos de la ley. Pasan, entonces, algunos años. La justicia lenta y segura, inexorable como el balanceo del péndulo y de eterna memoria, lo atrapa cuando ya está desprevenido. Mas el crimen de la niña está sepulto en el olvido, que cuando a la pobrecilla le cavaron la fosa, enterraron junto con el cuerpo inerte, el recuerdo del horroroso asesinato. Los mismos que pedían venganza de la muerte, impetran con los años piedad, como si esas afrentas pudieran borrarse con el tiempo. La sangre que se derrama en el mundo sin justicia y con iniquidad, se va a los cielos en las noches estrelladas y retorna a la tierra en los amaneceres luminosos: por eso, rompe la aurora teñida de rojo y flota sobre los campos un vaho escarlata.

Al llegar el momento de pagar el mal con la vida, el lobo se viste del pellejo de la oveja. La opinión admite el disfraz, porque ha de saberse que es mucho más fácil revestirse de falsa piedad que mostrarse verdaderamente justo. Los débiles y los ignorantes, suplen la falta de carácter y de saber como un manto misericordioso. No en vano expresó el padre Fonseca, “que embota la misericordia los filos y aceros de la justicia”. Cada vez que la policía apresa un bandido cuyas fechorías datan de mucho tiempo, el público se conmueve a su favor. Nada digamos, cuando de ajusticiar se trata, entonces surgen razones sofisticadas y se ponen argumentos expuestos por penalistas versados y por versados que no son criminalistas. Resultaría imposible ahora, penetrar en la maraña de las disquisiciones filosóficas sobre materia tan estudiada y discutida. Hay doctrinarios eminentes que están por la pena última y los hay también acérrimos contrarios. Estamos en la encrucijada de los caminos del mundo. No se presta el momento para ilusiones de lindos colores, sino para realidades.

Sobre este asunto de la eliminación de los malhechores, se dice que la pena capital no intimida; que se trata de una crueldad, pues el delincuente obra llevado por un instinto irrefrenable. Será o no así; pero me viene a la memoria un recuerdo: cerraba la noche en la cumbre de las sierras puntanas. Las sombras se adelgazaban y el silencio se iba espesando por los vericuetos de las quebradas. Anegábase la tierra en una

hermosa leona acompañada por su cachorro. Era, sin duda, la que traía diezmadas las majadas. La fiera se echó majestuosamente junto a un azagadero. Yo era un niño y todos la contemplábamos: batía con su cola los costillares de piel flava. Relucíanle de gran manera los ojos; dilatábansele las narices husmeando el aire y las orejas poníansele enhiestas escuchando el rumor de las sierras. La veíamos soberbia como reina de aquellos sitios agrestes. El leoncillo permanecía quieto a su lado. Poco después la acorralaron hombres y perros y la leona murió en su ley de fiera, defendiendo hasta el fin a su hijo. A mí me dio mucha pena verla expirar: sus ojos de mirada nobilísima ya casi no podían abrirse y buscaban aún a la fierecilla acosada por la jauría. Protesté y llorando pregunté si el animal tenía por ventura la culpa de matar para tener qué darle de comer a su cría. Y me contestaron, que no se trataba de culpas sino de quitarle la vida, pues de no hacerlo así, la leona hubiera acabado con las ovejas y tal vez con los hombres.

Las sumas que se gastan en mantener a los criminales son enormes; bástame con enunciar este hecho monstruoso: le cuesta más dinero al Estado, el hospedaje de un asesino recluido en un presidio, que los estudios completos de un futuro oficial del ejército. En principio, si un joven pobre desea seguir una carrera universitaria y no tiene cómo costearla, es casi indudable que deberá escoger otro camino; pero se mantiene confortablemente alojado, bien nutrido y con buenas ropas, al ladrón reincidente del que no se espera enmienda alguna. Sucede de esta suerte, porque existen los que traen corazones timoratos debajo de grandes prestigios.

El rigor no detiene a los grandes criminales ni paraliza a los que están dispuestos a matar por pasiones irrefrenables, como el amor o el odio ciego; más si es cierto que ataja a cierta clase de delincuencia incipiente y a los bribones culpables de delitos característicos. Lo tengo así sostenido, y existe un hecho irrefutable, que me ayuda a reafirmarlo: demuestra la estadística de la Policía de la Capital Federal, que durante el período de la aplicación de la ley marcial y la vigencia estricta del estado de sitio, lo que ocurrió a fines de 1930 y durante todo el año siguiente, se advirtió una disminución apreciable en los delitos, particularmente en los dirigidos contra la propiedad privada. Lo mismo aconteció con un género de malhechores que vive a costa de un determinado tráfico vicioso. Esto último no lo trae aquella estadística; pero es muy conocido. Existen también antecedentes históricos: durante el gobierno del general Rosas desaparecieron hasta los rateros; no digo esto, porque para el caso puedan interesarme federales o unitarios, sino que lo mismo pasaba en los dominios del general Urquiza, pues ambos patriotas jamás comulgaron con los latrocinios, castigándolos terrible y ejemplarmente.

Aquel que pone sus pies en la carretera de la delincuencia, pocas veces encuentra la derecera y logra salir. Quien penetra llevado por su espíritu inclinado al pillaje, está

condenado a transitarla hasta el fin de sus días. En su camino semejante al que menciona el poema dantesco:

*“Por mí se va a la ciudad doliente;
Por mí se va al eternal tormento;
Por mí se va, tras la maldita gente”*

Así como nadie pretendería pintar las aguas del mar, por ser ésto imposible, de igual manera, es menester conformarse con las cosas como son y no como debieran ser, falseando la perspectiva. Los problemas del género humano, se curan como las enfermedades, con remedios u operaciones y no con palabras agradables. La delincuencia no concluirá nunca; pero es factible reducirla y contenerla dentro de ciertos límites y a poco costo: fortaleciendo a la policía, que está siempre preparada para las grandes empresas a que la lleva su destino de guerrera de las ciudades y custodia del orden.

Hay momentos en que arrecia el vendaval de la delincuencia y se embravecen las olas de la pasión sectaria o política; empero, ni los vientos ni las aguas, descantillan siquiera a esa roca avanzada que es la policía. Cabría a ella, en buena hora, la divisa de la nobleza: *impavidus sursum vigilat*, esto es, vale de pie y sin miedo.